

A LOS 61 AÑOS

A los sesenta y un años algo se sabe y algo se ignora.

Bajo los párpados del tiempo, que desconocen las manos,
el barro y el ruido del silencio, prestan su latido a los labios.

Es una edad anterior al quebranto que anula las ausencias,
y al sueño que pliega los cuerpos buscando efímera eternidad.

Es necesario que la mirada se resguarde de la cadencia de la envidia
y que la cobardía no nos impida ser un otro del nosotros.

Al compás de lo que nunca ha existido, me abandono
en la abundancia de los años y en las rutas de la voz.

¿No habéis contemplado sorprendidos el gesto de otro humano
cuando lo perdurable, cual río o roca, ha comenzado a perteneceros?

Desconozco el sabor de la nostalgia que no se haya vestido
con letra de amianto incombustible y huesos vertebrales.

Pertenezco a esa clase de mujeres que arden entre letras
y buscan la impudicia en la liturgia de nombres y pronombres.

Celebro lo imprevisto y no confío en la salvación,
tampoco suelo dilapidar pesadumbres, ni derramar
lágrimas en las despedidas. Padezco de existir.

Amelia Díez Cuesta

A ALEJANDRA, EN SU 41 CUMPLEAÑOS

Ella arde en la cercanía y en la lejanía
y no quiere máscaras en pleamar.
Conoce la nostalgia del futuro y sus manos
se han quedado escindiendo el existir.
Sabe que ninguna cosa es ella misma,
que la muerte viene amasada con un dolor
ajeno e indescriptible , que se alberga
en el umbral de la vida y le presta su sabor.
Sus palabras abren puertas y cierran heridas,
alentando vidas que descansan en indecisos platos.
Hay una mujer en ella que nace cada vez
que las respuestas se despiertan y enardecen,
abrasadas en la audacia de nuevos pensamientos.
No sólo su sonrisa y su trabajo florecen por florecer,
su poesía desvanece lo exterior y lo interior,
forjando lo no dimensional y lo transmutable.
En cada giro insensible del mundo, no se deja turbar,
simplemente se yergue y se mantiene en pie,
y deja que la escritura sea su timonel.
Nunca ha clamado por sus derechos, con su boca
conjuga lo inmutable y habita en lo indecible,
allí donde todo comienza: en la decisión.

Amelia Díez Cuesta

A HELENA, EN SU 36 CUMPLEAÑOS

Han pasado los años y se ha forjado la distancia
consigo misma, transformando el espanto en alegría.
Espectadora dispuesta a la propia disgregación,
gira sobre el postrero mañana que le muestra el hoy
siempre en despedida y no cesa de conocer la felicidad.
Sonríe porque el estar es necesario para nosotros, los efímeros,
porque los goces terrenales son irrevocables.
A ella le gusta abarcar el mundo con sus propias manos,
por eso las cosas han dejado de existir, para ser palabras,
y su intimidad ha cedido el paso a su extimidad.
He aquí el tiempo donde el asombro se hace cotidiano,
donde un paso atrás es desvío o ilusión,
donde todo transcurrir se juega entre sueño o despertar.
Decidida a volar sin alas, atada a la escritura, nace.

Amelia Díez Cuesta

A VIRGINIA, EN SU 35 CUMPLEAÑOS

Una existencia sobreabundante le brotaba del corazón,
y todas las señales le indicaban cortar su libertad.
Había recorrido hombres y mujeres sin conocerlos,
países y misterios, sin dejar que tocaran su ímpetu,
ella seguía creyendo que había vida en este mundo.
Ha llegado, por fin, a su vida y se ha quedado allí,
entre sus impases, camina letra a letra, baile a baile, mano a mano,
sola y entre otros, entre palabras y con su propio silencio.
Tal vez su dicha engalanada no conozca fronteras,
pero ha conocido el fragmento tallado del dolor ancestral,
y es por eso que mientras la respuesta se demora,
suele sonreír suavemente , cuando la noche se desploma
sobre la faz de los hombres, cuando la luna se aleja.
No son los años los que marcan los pasos,
son los años los que están hechos de huellas de pasos.

Amelia Díez Cuesta